

ISSN 0326 - 7458



La revista semestral:

estudios migratorios latinoamericanos

publica:

- Artículos originales sobre los aspectos sociológicos, estadísticos-demográficos, históricos, antropológicos, económicos, legislativos y pastorales de las migraciones.
- Notas y comentarios sobre los mismos temas.
- Debates y discusiones científico - académicos sobre el argumento migratorio.
- Encuestas y documentación tanto histórica como de actualidad.
- Críticas bibliográficas.

Editada por:

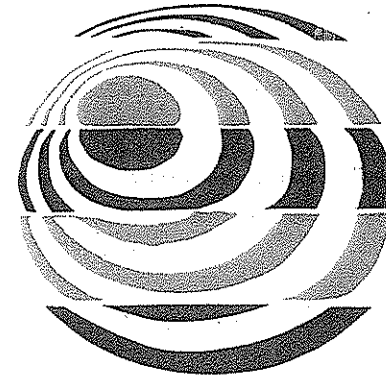
Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos
Avenida Independencia 20 / (C1099AAN) Buenos Aires - Argentina
tel.: 4342-6749 / 4334-7717 / 4331-0832 - E-mail: cemla@cemla.com

77/2014

estudios migratorios latinoamericanos

77

julio - diciembre 2014



estudios migratorios latinoamericanos

NOTAS DE INVESTIGACIÓN

- 141 Esferas árabes en Argentina. La construcción emocional de una comunidad étnica
TOBÍAS BOOS

CRÍTICAS BIBLIOGRÁFICAS

- 165 Joaquín Perren, *Las migraciones internas en la Argentina moderna. Una mirada desde la Patagonia: Neuquén, 1960-199.*
NICOLÁS PADÍN
- 170 Concepción Navarro Azcue, Gustavo Prado y Arrigo Amadori (Coords.), *Vaivenes del Destino: migrantes europeos y latinoamericanos en los espacios atlánticos*
GERMÁN QUARANTA

MEMORIA PÚBLICA E IDENTIDAD ÉTNICA EN EL MUNDO RURAL DE LA ARGENTINA. CONMEMORACIONES LOCALES Y FIESTAS DE INMIGRANTES EUROPEOS, 1920-1940

María BJERG*
Iván CHERJOVSKY**

Desde fines de los años 1980, las historiografías de las sociedades que en diversos momentos del pasado atravesaron por procesos de inmigración masiva han mostrado una preocupación por comprender la compleja relación entre identidades étnicas y nacionales. En la disputa de estas dos dimensiones por un terreno común, una de las perspectivas más extendidas ha sido la de pensar a las identidades étnicas como resultado de procesos dinámicos de construcción, encabezados por los líderes de las colectividades inmigradas, en los que las culturas vernáculas desplegaron estrategias de resistencia y acomodamiento con la identidad nacional.

De esa suerte, las diversas manifestaciones de la identidad étnica no constituirían un simple intento de preservar un pasado cultural estático y residual ante las arremetidas normalizadoras de la cultura oficial. Se trataría, más bien, de expresiones de disputas y contradicciones políticas surgidas tanto en el seno de las clases dirigentes de la sociedad receptora, que pujaban por imponer criterios de integración/asimilación, como en el interior de las comunidades de inmigrantes, donde distintos segmentos facciosos debatían los lineamientos de la adaptación a la cultura oficial.

Aunque el abordaje de la relación entre identidades nacionales y vernáculas ha adoptado perspectivas y objetos de estudio diversos, las conmemoraciones y los festivales étnicos, con sus abigarradas tramas de representaciones y rituales, ocupan un lugar privilegiado, en particular en la historiografía norteamericana, donde el estudio de las prácticas conmemorativas ha desvelado la competencia por la supremacía que tiene lugar entre una cultura oficial relacionada con el poder del Estado y otras vernáculas, que disputan un lugar en la sociedad y en la memoria pública (Orsi 1985, Bodnar 1992, Schultz, 1994).

* CONICET - Universidad Nacional de Quilmes

** Universidad Abierta Interamericana - Universidad Nacional de Quilmes

En la Argentina de los años de la inmigración de masas, las fiestas étnicas fueron diversas y numerosas y, a través de ellas, los inmigrantes instalaron sus propias tramas culturales en la escena pública de la sociedad local. En efecto, ya desde fines del siglo XIX las celebraciones patrias de las comunidades inmigradas convocaban a una nutrida concurrencia extranjera que exhibía referencias identitarias en tumultuosos despliegues de banderas, antorchas, bandas de música y discursos que inundaban las calles de Buenos Aires y de las ciudades del interior de la Argentina, alimentando el interés de la prensa y de la población local por el novedoso espectáculo de la ritualidad foránea. Sin embargo, las clases dirigentes miraban con preocupación estas manifestaciones, en tanto amplificaban sentidos de lealtad a naciones extranjeras en el mismo momento en que la nacionalidad argentina pugnaba por prevalecer en el heterogéneo escenario cultural forjado al amparo de la era aluvial.¹

La idea de nacionalidad había sido definida en términos culturales y era perfectamente perceptible a mediados de los años 1890. Sin embargo, cobró un inusitado volumen y una renovada connotación durante la primera década del siglo XX, especialmente en los años previos a la conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo. Luego, las dos primeras décadas del siglo XX fueron permeadas por un discurso patriótico teñido de connotaciones morales que sostenían la identificación entre unidad cultural y nación, y que bregaban por la "restauración nacionalista" de la Argentina. La idea de una nacionalidad regenerada fue la respuesta a una década marcada tanto por el ostensible cambio de signo político, que en 1916 dio inicio al primer gobierno democrático tras una prolongada era de regímenes oligárquicos, como por la violencia que acompañó a las protestas obreras, en las que los extranjeros tuvieron un dramático protagonismo. La acentuación de la tensión social generó un clima amenazante y represivo alimentado por discursos y prácticas xenófobas.

Entre la década de 1880 y el Centenario, el problema de la integración de la sociedad cosmopolita había tenido un diagnóstico cultural que indujo a la clase dirigente y a la elite cultural a considerar a la educación como el espacio social apropiado para construir la comunidad imaginada. Pero, después del estallido de la Gran Guerra y de la consecuente desaceleración del crecimiento económico, la conflictividad obrera incorporó un matiz político al problema de la integración, amplificando el veredicto negativo: ahora el cosmopolitismo se erigía en una amenaza abierta para la integridad de la nación.

Durante la década de 1920, el arsenal ideológico de los nacionalistas (que incluía un anti-cosmopolitismo y un antisemitismo cada vez más contundentes)

¹ Las conmemoraciones que más inquietaron a la clase dirigente argentina fueron las de la colectividad italiana. Al respecto ver: DEVOTO, Fernando (1992 y 2006).

renunció a su dimensión cultural para adoptar una forma política cifrada en la severa crítica a la democracia liberal encarnada en los gobiernos radicales de la década. Tras el golpe de estado que derrocó a la primera experiencia democrática argentina, los años 1930 comenzaban en el clima de una cruzada nacionalista que, aunque variopinta y heterogénea tanto desde el punto de vista de sus cultores e ideólogos como de los vínculos que estos cultivaron con los jefes militares, compartía el terreno común de la reivindicación de la tradición rural y gauchesca, el clericalismo, el catolicismo, y las restricciones a la política migratoria de puertas abiertas y a los derechos de los extranjeros (Finchelstein 2008, Lvovich 2003, Rock 1993, Senkman 1996).

La historiografía argentina se ha ocupado del largo y cambiante proceso de construcción de la nacionalidad y de su compleja relación con las identidades étnicas, aunque ha mostrado un interés mayor por el período que media entre 1880 y 1910. En líneas generales, los análisis focalizan en la educación, en las políticas de integración motorizadas por el Estado a través de la escuela pública, en la configuración de un relato nacionalista sostenido en una liturgia patriótica y en la "cuestión social" vinculada a la turbulencia de las primeras décadas del siglo XX, a la que hicimos referencia más arriba (Bertoni 2001, Lionetti 2007, Zimmermann 1995). Sin embargo, pocos historiadores y antropólogos se han interesado por las celebraciones étnicas y, aunque los estudiosos de la inmigración no las han eludido, no han hecho de ellas el objeto principal de sus investigaciones. A su vez, dentro de esa reducida área interdisciplinaria, han preponderado los análisis urbanos, por lo que los trabajos interesados en las minorías culturales establecidas en zonas rurales del interior del país resultan aun más escasos.²

Como vimos, las conmemoraciones étnicas crecieron durante la primera mitad del siglo XX y fueron gestionadas y protagonizadas prácticamente por todas las comunidades inmigradas, aunque adoptando formas y contenidos diversos. A las fiestas patrias foráneas se sumaron procesiones religiosas, recreaciones de festividades regionales campesinas, romerías y festivales de canto y poesía. Al mismo tiempo, no era inusual que las colectividades inmigradas participaran en desfiles oficiales del calendario patrio argentino o en la conmemoración de efemérides locales, como los aniversarios de las fundaciones de ciudades y pueblos.

En este trabajo estudiaremos las celebraciones étnicas y la participación en fiestas oficiales de la sociedad local de dos grupos de inmigrantes europeos: los

² A diferencia de lo ocurrido en la historiografía norteamericana, donde las fiestas constituyen un problema de investigación en sí mismas, en la historiografía argentina se alude profusamente a ellas en el contexto de otros problemas como la construcción de liderazgos étnicos o las prácticas de sociabilidad de las colectividades extranjeras. Una excepción es el trabajo de NUÑEZ SEIXAS, Xosé M. (2001).

daneses y los judíos que llegaron al país en las últimas décadas del siglo XIX y que constituyeron minorías étnico-religiosas asentadas en el mundo rural de la provincia de Buenos Aires, en el caso de los primeros, y de Santa Fe en el de los segundos. Las representaciones culturales y sus actores, símbolos y rituales serán analizados a la luz del contexto cultural e ideológico de época, a fin de mostrar cómo estos grupos fueron interpelados por el avance de retóricas, políticas y prácticas de homologación cultural desplegadas durante los años 1920 y 1930, época en la que se delinearón políticas migratorias restrictivas consonantes con la profundización de una retórica nacionalista que se reconocía heredera de una tradición hispánica y católica, campera y gauchesca.

Commemoraciones públicas y fiestas étnicas. La identidad danesa entre dos lealtades

Los primeros daneses llegaron a la Argentina entre la década de 1860 y fines del siglo XIX, se trató de una inmigración de pequeña escala, que se radicó en la localidad de Tandil (en el centro de la provincia de Buenos Aires) y la zona rural circundante. El perfil profesional de los primeros flujos fue mixto, con proporciones similares de agricultores, artesanos y comerciantes. En el cambio de siglo, la corriente se volvió más numerosa y los recién llegados comenzaron a afincarse en el sudeste de la provincia (en los partidos trigueros de Tres Arroyos, Necochea y Coronel Dorrego) atraídos por la oferta de tierra barata en zonas de reciente poblamiento y por la demanda creciente de fuerza de trabajo. Los nuevos asentamientos adoptaron un perfil casi exclusivamente rural porque los inmigrantes se volcaron de manera masiva a la agricultura (Bjerg 2001).

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los daneses de Tandil dieron forma a una comunidad con instituciones propias, en las cuales se perfiló una dirigencia que orientó el proceso de construcción de la cultura étnica pero que, al mismo tiempo, mostró una voluntad de interacción en la esfera pública, dando origen a identidades múltiples y complementarias. En las décadas de 1860 y 1870, cuando en Tandil vivían unas cien familias danesas, varios dirigentes comunitarios intervinieron en el gobierno municipal y se constituyeron en figuras notables de la vida social local. En esas décadas, la presencia de extranjeros en la ciudad todavía era escasa y Tandil, fundada en 1823 como un fuerte en la línea imaginaria que deslindaba el territorio criollo del indígena, aún era una sociedad en construcción con una estructura institucional incipiente (Bjerg 2004).

A fines del siglo XIX, la presencia de extranjeros en Tandil se volvió más ostensible en tanto que las dimensiones de la colectividad danesa aumentaron por la llegada de nuevos inmigrantes y por la presencia creciente de hijos de daneses nacidos en la Argentina. Ambas situaciones coadyuvaron a la consolidación de

una malla de instituciones étnicas que tuvo sus pilares en la iglesia luterana y en la escuela. Estas dos instituciones tendrán un ineludible protagonismo en nuestro análisis de las fiestas porque, por un lado, ambas fueron los espacios donde se dirimió la disputa por la identidad dano-argentina y, por el otro, constituyeron los ámbitos donde los daneses consensuaron el mensaje y la representación que la colectividad desplegaría en la escena pública durante la conmemoración del Centenario de Tandil, una de las tres celebraciones estudiadas en este capítulo.

Para los hijos de los inmigrantes, la escuela fue un espacio de tensión entre dos identidades. Mientras los maestros nativos se encargaban de reforzar la afinidad de los alumnos con la Argentina, los pastores y maestros daneses velaban por su afiliación a la cultura danesa y la fe luterana. Esta doble lealtad, que tenía como telón de fondo la actuación de los líderes étnicos en la política municipal y en la vida social de Tandil, constituyó el núcleo de las tensiones y debates en el interior de la colectividad respecto de su integración a la cultura dominante e influyó en las representaciones que los daneses desplegaron en 1923, en el Centenario de la ciudad.

Desde octubre de 1922, las actas de las comisiones directivas de la iglesia y la escuela incorporaron el tema de los festejos del año siguiente en los órdenes del día. Los debates e intercambios de aquellas reuniones revelan el entusiasmo y las expectativas de lucimiento que los daneses cifraron en los actos conmemorativos. Como había ocurrido en Buenos Aires en 1910, en ocasión del Centenario de la Revolución de Mayo, las colectividades extranjeras de Tandil también demostraron su adhesión y disputaron simbólicamente su lugar en la sociedad local ofreciendo obras artísticas a la ciudad. Pero si todas las colectividades se esmeraron para dejar su marca, las dos más numerosas, la italiana y la española, aventajaron al resto presentando las ofrendas más imponentes y costosas. Los italianos mandaron a construir un pórtico de granito en el acceso al Parque Independencia, un paseo público enclavado en una de las sierras que rodean a Tandil, en cuya cima se alzó la réplica de un castillo morisco que los españoles obsequiaron a la ciudad centenaria.

En la contienda simbólica de los extranjeros por asegurarse un puesto en la memoria pública, una comunidad pequeña como la danesa no estaba en condiciones de afrontar un obsequio costoso ni de ambicionar un lugar tan privilegiado como el Parque Independencia. Entonces, se decidió un regalo más modesto: dos ánforas de porcelana cuyo diseño y fabricación serían encargadas a la fábrica *Royal Copenhagen*, en Dinamarca (Acta Comisión directiva, Iglesia Evangélica Luterana Danesa de Tandil, 12/11/1922).

Cuando por fin llegó el 4 de abril de 1923, la colectividad en pleno, presidida por el pastor y haciendo gala de las dos banderas —la danesa y la argentina—, vivió su momento más brillante. Fue en el acto central de homenaje al fundador

de Tandil, el general Martín Rodríguez, quien durante la expansión de la frontera de la provincia hacia el sur del río Salado había creado el fuerte Independencia, el lugar desde donde luego se desarrollaría la ciudad. Ese día, la colectividad entregó las ánforas al Intendente y el pastor, que había sido incluido en la lista oficial de los oradores, dio una breve alocución.

El discurso establecía un recorrido paralelo entre la historia de Tandil y la de la colectividad. En 1848, cuando habían transcurrido poco más de dos décadas de la fundación del fuerte militar y Tandil aún se hallaba asolada por los malones y sometida a la fragilidad de la vida en la frontera, llegó al pueblo el primer danés: Juan Fugl, un hombre que gravitaría en la política local y que terminó siendo, para los daneses, el padre fundador de la colectividad, y, para los tandilenses, uno de los más notables pioneros de su centenaria historia. Fugl, un agricultor exitoso, dueño del primer molino harinero de la zona, había formado parte de los gobiernos municipales como edil y consejero de educación en las décadas de 1860 y 1870, y había iniciado la primera red de inmigrantes daneses que poblaron la comarca. Varios de ellos, siguiendo el camino abierto por el pionero, también se integraron a la vida política del pueblo, que ahora celebraba sus cien años de vida transformado en una ciudad moderna:

“Setenta años atrás, cuando Tandil estaba en sus albores, llegó Juan Fugl, el primer colono danés al que seguirían miles de compatriotas atraídos por las libertades de esta tierra (...) Los daneses somos un país de agricultores y de bosques y ese ha sido nuestro legado a esta nación, fuimos los primeros en labrar la tierra y en plantar árboles y al tiempo construimos nuestras casas (...) Nombres como Juan Fugl, Manuel Eigler, Poul Christiansen, Manuel Vogelius, los hermanos Mathiasen, Adolfo Petersen formaron parte de la vida política de esta ciudad, quedarán escritos en la historia de Tandil y ya lo están en los anales de este municipio al que ayudaron a nacer y a crecer” (*Aarsskrift for Dansk Skole Foreningi Argentina*, 1923: 36).

Tandil fue representado por el pastor como una sociedad en la que los daneses habían dejado un legado y, a la vez, como una localidad en la que la colectividad tenía raíces profundas. Sus compatriotas eran vecinos diligentes e industriosos que no sólo se hallaban integrados en la vida de ciudad, sino que habían contribuido a su crecimiento y progreso y, por ello, podían reclamar un lugar en su historia. Aunque en su alocución no incluyó ninguna referencia a la fe ni a la condición de minoría religiosa de los daneses, el pastor era el líder espiritual de la colectividad y, a la vez, se desempeñaba como director de la escuela. Consecuentemente, es posible que su discurso haya sido pensado para dos audiencias diferentes, a las que se dirigía con objetivos distintos.

El pastor interpelaba a la sociedad local para recordar que los daneses habían ocupado un espacio político en la ciudad y que la colectividad se afanaba en preservar ese poder. Pero, al mismo tiempo, también es posible que su estrategia retórica, que legitimaba peculiaridades de los daneses en los aportes que habían hecho a la ciudad, se orientase a desafiar a la narrativa de la integración cargada de invocaciones patrióticas que, con distintas intensidades, había dominado el discurso oficial en las primeras décadas del siglo XX, y una de cuyas manifestaciones había sido la creciente injerencia de las autoridades escolares en materia de educación étnica.

Los lineamientos del discurso fueron formulados por el pastor cuando la colectividad aún sufría las consecuencias materiales y simbólicas de una disposición que las autoridades educativas habían tomado en 1917. Hasta entonces, la escuela danesa había costado el sueldo de una maestra argentina para cumplir con la exigencia oficial de la enseñanza del idioma y la historia nacional. Pero debido al incremento de la matrícula, la Dirección de Escuelas exigió la contratación de dos docentes para desempeñar esa función. La nueva incorporación aparejó problemas presupuestarios (los costos debieron ser afrontados con el aumento de la cuota que pagaban los padres de los alumnos) y reeditó una vieja disputa por la identidad en el interior de la comunidad (Bjerg 2001).

No era la primera vez que se alzaban voces resistentes que consideraban que la política educativa oficial obraba como una fuerza disolvente de la identidad danesa. El temor a ser fagocitados por la cultura de la nueva sociedad era expresado por una parte de la colectividad en las reuniones de la congregación, en el periódico danés *TandilsTidende* y en un anuario informativo que la escuela publicaba desde principios del siglo XX. De manera espasmódica surgían debates que mostraban el rostro faccioso de la colectividad y las intenciones de una parte de sus integrantes de deslindar fronteras precisas entre la comunidad y el afuera. Las afinidades imaginadas basadas en un origen, una lengua y una religión común que habían constituido los pilares de la laboriosa construcción de una versión de la cultura danesa en la Argentina, eran calurosamente defendidas con argumentos de diverso tenor. Algunos sostenían que la educación danesa era superior a la argentina y por ello resistían la entrada del currículo oficial en las escuelas de la comunidad. En la misma línea, argüían que la exigencia de contratar maestros argentinos creaba problemas presupuestarios y dejaban entrever que sus salarios eran dinero malgastado. En un plano menos pragmático, otros argumentos se escudaban en el temor a la desaparición de la lengua vernácula y proponían retardar la integración de la segunda generación redoblando los esfuerzos educativos para preservar el idioma, la historia y las tradiciones de Dinamarca.

Esta disputa, que había comenzado a fines de los años 1890 en las páginas del periódico *TandilsTidende*, se acalló en el cambio de siglo para volver a animarse entre 1909 y 1910 a raíz de la propuesta del pastor de incluir un culto mensual en castellano para los dano-argentinos que habían perdido el idioma danés. Con nuevos protagonistas, aunque organizada en torno a los mismos bandos, la contienda reapareció con motivo de la disposición oficial de 1917 a la que aludimos antes. A grandes rasgos, la cronología de la controversia se corresponde con momentos de tensión en la construcción de la identidad nacional argentina y revela que la etnicidad no es estática sino que cambia a medida que las colectividades negocian las contradicciones entre su mundo de referencias y el de la sociedad local.

Para el público y para las autoridades de Tandil que compartieron el palco con el pastor, seguramente pasó desapercibido que su mensaje tenía una entre-línea que sólo podría ser descifrada por los miembros de la colectividad. En su alocución, el pastor interpelaba a la facción conservadora que se resistía a utilizar el castellano en la iglesia y a reforzar la lealtad de los alumnos a su nueva patria, mostrándoles que era posible integrarse a la Argentina sin dejar de ser daneses y que el camino de la adaptación estaba escrito en la historia de Tandil (o, al menos, en la forma en la que el pastor interpretaba esa historia).

En la primavera de 1923, los daneses de Tres Arroyos mostraron la otra faz de la retórica de integración que el pastor había delineado en los festejos del Centenario. A principios de Octubre, celebraron la primera edición de una reunión anual que iba a tener un largo arraigo en el calendario social de la colectividad: "Los Ocho Días en el Højskole". La fiesta se realizó en la escuela danesa de Cascallares, un distrito rural del partido de Tres Arroyos donde el grueso de los habitantes era de origen danés. La escuela, que había sido fundada en 1917, se diferenciaba de la de Tandil en su ubicación: estaba enclavada en medio de una chacra de 100 hectáreas, a 20 kilómetros de la ciudad de Tres Arroyos.

Los Ocho Días convocaron a una nutrida concurrencia de daneses de Tres Arroyos y del vecino partido de Coronel Dorrego. La distancia dificultó la llegada de miembros de las colectividades más distantes como Tandil y Necochea (ubicadas a unos 150 kilómetros), aunque la primera estuvo representada por el pastor y un puñado de miembros de la congregación³.

La celebración se sostuvo en tres pilares: la comida, el canto y la religión. La comida había sido encomendada a una comisión de damas. Sus tareas comenzaron una semana antes de la fiesta con la preparación de los alimentos dulces que incluían varias decenas de kilos de galletitas de manteca y de panes y tortas.

³ En las siguientes ediciones de los Ocho Días, la afluencia de público creció y contó grupos cada vez más numerosos de daneses que viajaban desde todos los asentamientos de la provincia.

Durante la celebración, ellas regenteaban a otro grupo de mujeres que preparaba almuerzos y cenas para un centenar de comensales y a los varones que servían las mesas. En la dimensión culinaria, estos últimos ocuparon el centro de la escena el domingo, el día en que la fiesta se clausuró con un gran asado criollo. Desde horas tempranas de la mañana, el fogón atrajo las miradas de los curiosos y fue el centro de reunión masculina. Allí, los asadores hicieron gala de sus habilidades y posiblemente se jactaron ante sus compatriotas de haber descubierto los secretos locales sobre el punto justo de la carne. La tradición que se estaba creando en aquel mes de octubre de 1923 incluía, en medio de una abundante cantidad de comida danesa, un plato típico de la cocina argentina, quizá porque, como sostuvo Jack Goody, cuanto más pequeño es un grupo, mayores son los problemas de límites y menos se puede ignorar la *cuisine* del vecino (Goody 1995:22).

Sin embargo, el asado no fue el único diacrítico local que permeó a la apretada malla de rituales, símbolos y prácticas que se escenificaron en la fiesta. Las jornadas se ajustaban a un programa de actividades que regulaba la ritualidad, la sociabilidad y el descanso. Al amanecer, la campana de la escuela despertaba a los participantes y los convocaba a un día de intensa actividad, que comenzaba con el izamiento de las banderas danesa y argentina. A ese momento solemne le sucedía un suculento desayuno, después del cual se iniciaba la hora de canto. La esposa del pastor de Tres Arroyos ejecutaba el piano y los asistentes participaban de un momento de comunión entonando salmos e himnos religiosos y canciones populares danesas y dano-argentinas.⁴ Estas últimas, compuestas por los pastores y por uno de los maestros de la escuela de Tandil, tenían como denominador común el tema de la doble pertenencia y, aunque sus autores no comulgaban con las posturas conservadoras de la fracción de la colectividad que se resistía a la integración, las letras revelan la tensión entre dos identidades. Por un lado, los versos elogiaban la belleza de los paisajes pampeanos y la feracidad de su suelo y apelaban a San Martín, el prócer nacional por excelencia, para construir imágenes literarias de la Argentina como tierra de libertad. Por otro, expresaban su lealtad a Dinamarca y el amor a la lengua materna a la que prometían cuidar y reproducir (Danske Sange 1918 y 1943).

A la hora de canto le siguieron las conferencias de personajes notables de la comunidad. La primera tuvo lugar a la mañana y versó sobre cultura danesa. La segunda, poco después del almuerzo, se enfocó en las técnicas productivas agrícolas y despertó gran interés entre la concurrencia masculina. Al caer la tarde se sirvió la cena, a la que sucedió un momento de solaz entre música, bailes folklóricos daneses, conversaciones y bebida.

⁴ Esta información la obtuvimos en una entrevista con la esposa del pastor, Karen Sunesen, realizada en Tres Arroyos en Noviembre de 1988.

El culto dominical tuvo un lugar preponderante en la clausura de la celebración. A él también acudieron aquellos que no habían podido asistir a todas las jornadas de la fiesta por motivos laborales o porque el costo de la entrada les resultaba oneroso. El domingo, la concurrencia se multiplicó, alcanzando casi 400 personas que asistieron a la misa concelebrada por los pastores de Tres Arroyos y Tandil.

La reunión, que fue recordada por uno de los participantes como un artificio que permite olvidar “que uno está en un país extranjero porque no se oye hablar otro idioma que el danés y sólo se ven personas del mismo origen” (Baekhøj 1948:171), constituyó un dispositivo cultural para la creación de representaciones que, apelando al arraigo de la comunidad en el pasado, mediaban su integración a la Argentina. Los “Ocho Días” fueron una ocasión para recrear la vida social del grupo, fortalecer su identidad y actuar a favor de una cultura vernácula que, en el complejo proceso de integración de la colectividad danesa a la sociedad nacional, creaba una visión propia del pasado y del presente en la que se sustentaban las estrategias de acomodamiento y/o resistencia a la cultura oficial.

El Cincuentenario de la colonización judía

Los orígenes de la colectividad judía de la Argentina, que actualmente cuenta con más de 200 mil integrantes, se remontan al período colonial, cuando los criptojudíos españoles y portugueses llegados al Nuevo Mundo debían ocultar su identidad debido al yugo de la Santa Inquisición (Lewin 1960). Iniciada la etapa independiente, hacia la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a llegar algunos franceses, alemanes, ingleses e italianos que, durante la década de 1860, conformaron la primera institución judía de la joven nación. No obstante, su número aún era poco significativo. Los cálculos más aventurados señalan que en la década de 1880 no pasaban de unas 1.500 personas. Fue recién a partir del establecimiento de colonos agrícolas procedentes de la Rusia imperial -donde la pobreza, el antisemitismo y las políticas expulsivas del régimen zarista empujaban a millones de judíos a abandonar el país- que ese modesto flujo se vio notablemente incrementado.

En efecto, en el transcurso de esa misma década comenzaron a arribar al campo algunas familias que se establecieron en las colonias santafecinas Esperanza y Monigotes, mientras que, algo más tarde, en agosto de 1889, llegó al puerto de Buenos Aires un numeroso contingente conformado por más de 800 individuos procedentes de la región de Podolia, Ucrania, que lograron colonizarse en el centro de la provincia de Santa Fe, al norte de la zona conocida como la “pampa gringa”. Estableciendo un explícito paralelismo entre el éxodo bíblico

y su propia salida traumática de la Rusia de los zares, los viajeros de Podolia denominaron a ese asentamiento “Moisés Ville”.

Casi de inmediato, la existencia de esta colonia devino fuente de inspiración para que un magnate judeo-alemán, el Barón Maurice de Hirsch, diera forma institucional a un ambicioso proyecto filantrópico-productivista de grandes proporciones, consistente en trasladar a miles de judíos rusos a las fértiles pampas argentinas con el fin de, siguiendo el mandato iluminista de la “normalización judía” que estaba en boga en aquel entonces, transformarlos en agricultores (Levin 2007). Para ello, el Barón creó la *Jewish Colonization Association* (JCA), una empresa colonizadora trasnacional que, cuatro décadas más tarde, había logrado establecer a unos 35.000 inmigrantes judíos en una veintena de colonias distribuidas en siete provincias argentinas.

En un país agro-exportador que se presentaba a sí mismo como “el granero del mundo”, y que por temor al aluvión de extranjeros, en las primeras décadas del siglo XX había desempolvado la denostada figura *barbárica* del gaucho para darle el status de Ser Nacional, la presencia de miles de agricultores judíos resultó un insumo clave a la hora de legitimar a la colectividad como un componente deseable del crisol de razas. Ese camino fue hábilmente inaugurado por Alberto Gerchunoff (el mismo hijo de un colono), quien logró seducir a la elite cultural del Centenario argentino con su novela *Los gauchos judíos*, publicada entre 1908 y 1910 por el diario *La Nación*, a la sazón el más importante del país. Más tarde, correspondería a los líderes comunitarios tomar la posta y amplificar el mito de la supuesta hibridación o asimilación judeo-argentino-rural (Senkman 1983, Cherjovsky 2014).

Por estos y otros motivos, entre los que cabe mencionar la necesidad de correr del escenario de la historia a los tratantes de blancas judíos que llegaban al mismo tiempo que los colonos, los pormenores de aquel viaje iniciático de 1889 que derivó en la creación de Moisés Ville se han transformado, con el paso del tiempo, en el hito fundacional de la existencia de la colectividad vernácula: una suerte de versión judeo-sureña del relato sobre los peregrinos del *Mayflower* con todos los condimentos que cobra materialidad en numerosos artefactos culturales, tales como obras literarias, películas documentales, museos y visitas turísticas guiadas a la “madre de las colonias judías”, la “Jerusalén argentina”. La coqueta reproducción en escala del Weser (el vapor alemán en el que viajaron los pioneros de 1889) es el primer objeto que exhibe la puesta permanente del Museo Judío de Buenos Aires.

Aquí observaremos detenidamente los festejos conmemorativos por el cincuentenario de la creación de Moisés Ville, consistentes en una serie de actos públicos y actividades de diversa índole que fueron desplegadas con gran pompa en esa localidad durante el mes de octubre de 1939. Nos interesa especialmente

sopesar e interpretar el desbalance entre la utilización de diacríticos judíos versus la de símbolos patrios.

El domingo 15 de octubre de 1939, Moisés Ville amaneció vestido de celeste y blanco: siguiendo una recomendación del comité organizador de los festejos, los vecinos habían colgado banderas argentinas en las fachadas de sus casas y en las de las sedes institucionales. Apostada en la entrada del pueblo, una caravana de cincuenta jinetes vestidos de gauchos recibió y luego escoltó al gobernador de la provincia de Santa Fe, Manuel María de Iriondo, quien llegaba junto a una comitiva de importantes funcionarios nacionales y provinciales. Una vez que el grupo hubo arribado a la plaza central, donde los aguardaba una apretada multitud, dio comienzo el primero de los actos oficiales, consistente en la inauguración de un gran monumento emplazado en el centro exacto del parque (*Mundo Israelita*, 21/10/1939, *El Alba*, 19/9/1939 y *El Litoral*, 15/10/1939). Se trataba de un busto de bronce con la figura del Padre de la Patria, el General San Martín, cuya mirada se perdía en dirección al oeste mendocino desde un alto pedestal de mármol. Quizás estas palabras pronunciadas aquella mañana calurosa por el ministro de Instrucción Pública y Fomento de la Provincia, Juan Mantovani, compongan una buena síntesis del clima patriótico general que intentamos describir aquí:

“aunque conservan la religión de origen, las colonias judías como la de Moisés Ville (...) son pueblos de espíritu nacional. Los hijos de los colonos son argentinos por la influencia del suelo, la obra de la escuela, la disposición de sus hogares y los propósitos de fácil asimilación que es necesario reconocer en la Asociación fundadora” (*El Litoral*, 15/10/1939)

Sus expresiones se vieron refrendadas de inmediato cuando, a pocos metros del monumento, fue inaugurado un mástil de veinte metros de altura en el que se izó la bandera argentina. Le tocó entonces al presidente de la DAIA (la representación política oficial de la colectividad judía ante el Estado) redoblar la apuesta integracionista y aclarar que los festejos celebraban en realidad los cincuenta años de la inmigración judía *colectiva*, ya que la individual:

“se venía desarrollando desde los tiempos primeros de la conquista y de la Colonia, asimilándose rápidamente entre los núcleos habitantes del suelo patrio, germen de las tradicionales familias argentinas” (*El Litoral* 15/10/1939).

Finalizada la ceremonia, las autoridades oficiales fueron agasajadas con un asado campestre, mientras que, por la tarde, hubo más actos, entre los que podemos listar la inauguración de una sala de cirugía en el Hospital Barón de Hirsch, el concierto ofrecido por las bandas de música de la policía y de la municipalidad

y la celebración de diversas competencias deportivas. A las ocho y media de la noche se sirvió un banquete de honor en el salón del teatro Kadima que incluyó un baile de gala amenizado por selectas orquestas.

Quizá la única voz ligeramente disonante aquella mañana patriótica haya sido la del rabino Guillermo Schlesinger, quien aprovechó la ocasión para deslizar un sutil reclamo al gobierno nacional:

“Manifestamos nuestra adhesión a los principios democráticos y liberales de la Argentina de aquel entonces, cuando nuestros antepasados trazaron los primeros surcos; nos identificamos con las normas de tolerancia y justicia que determinan la actitud de los mandatarios de la Argentina de hoy” (*Mundo Israelita*, 21/10/1939)⁵

Schlesinger, rabino de la Congregación Israelita de la República Argentina, a la sazón la institución judía religiosa más influyente de Buenos Aires, hizo un llamado a la unidad nacional apelando a los aspectos comunes subyacentes a católicos y judíos: “No hay otro fundamento de moral y de civilización que la Biblia, y su palabra divina reúne en armonía a la familia argentina, sin distinción de credos”. En ese ánimo, citó al “gran cardenal y filósofo Nicolás de Cusa”, para cerrar después su discurso con una bendición en castellano y en hebreo.

Pero los festejos no terminaron allí. Programados para toda una semana de duración, continuaron durante los días siguientes, aunque, es cierto, ya sin la presencia de las ilustres visitas. La atracción más convocante fue el desfile de implementos agrícolas en el que los colonos sacaron a relucir sus antiguos arados y utensilios de labranza. También hubo disparos de bombas, exhibiciones de arreglos florales y paseos por los demás pueblos de la colonia. En el edificio de la cooperativa La Mutua Agrícola fue inaugurada una biblioteca en homenaje a su fundador, Noé Cociovich, mientras que en el teatro Kadima se exhibió un film documental sobre las colonias de la JCA. También se realizó una ceremonia religiosa judía.

Esta breve descripción del cincuentenario de la colonización judía en la Argentina muestra un evidente desbalance entre la abundancia de símbolos nacionales y la escasez de elementos culturales y rituales judíos. El desbalance se hace más notorio si se considera que la bibliografía acerca de las conmemoraciones organizadas por otras minorías étnico-migratorias en distintos países muestra que, más allá de la inclusión de símbolos y discursos patrióticos alusivos a

⁵ Este semanario reprodujo los discursos de los principales oradores.

la nación receptora, existe una tendencia general a honrar a los antepasados y a incluir elementos de la cultura local.⁶

En ese entonces, cuando la colectividad judía apenas representaba el 2% de la población total del país, los 4.500 que vivían en la colonia conformaban la amplia mayoría cultural y religiosa en la zona. Dentro del imaginario social, Moisés Ville era considerada como un verdadero "islotte étnico" hebreo, tanto por los judeófilos como por los antisemitas. La canción en ídish *Mosesvil*, del popular humorista judío Jevél Katz, la describía jocosamente como un "Estado judío" enclavado en el corazón de la pampa santafecina, donde desde los oficios menos prestigiosos hasta los cargos públicos más importantes eran ejercidos por ciudadanos judíos. A la vez, el insidioso libelo antisemita *Santa Fe judaizada*, escrito en 1938 por Juan Carlos Moreno, señalaba que toda la provincia se encontraba "bajo control judío" (Lvovich: 333). En el principal pueblo de la colonia, de nombre homónimo, aun no existía una iglesia católica (la pequeña capilla actual fue inaugurada bastante más tarde, en 1960, sobre una calle periférica), y el edificio más imponente era la sede del teatro Sociedad Kadima, en cuya fachada se leían letras y símbolos hebreos orientados directamente a la plaza San Martín. Además, en las calles aledañas existían dos escuelas judías complementarias, cuatro sinagogas y un vasto cementerio israelita (amén de otras tantas instituciones étnicas ubicadas en la periferia rural). Las dos bibliotecas del pueblo contaban con gran cantidad de títulos en ídish, y la Sociedad Kadima ofrecía a su público cine, teatro y sofisticadas conferencias en dicha lengua. Incluso una amplia gama de filiales de diversas entidades sionistas daba coloratura étnico-política a la comunidad local (Lea Literat-Golombek 1982, Natán Orlián 1994).

Sin embargo, aunque los judíos fueran, o al menos se sintieran, los fundadores y dueños legítimos del pueblo, y pese a que localmente no hubiese manifestaciones de antisemitismo,⁷ el cincuentenario coincidió con una época en la que parte de la sociedad argentina había desarrollado una concepción fuertemente nacionalista de la identidad, y durante la cual se vivía un clima de abierta hostilidad antisemita, a veces alineada sin disimulo con el nazismo. Como se

⁶ Por ejemplo, cuando a fines del siglo XIX la colectividad sueca de los Estados Unidos celebró el cincuentenario de la colonia *Bishop Hills*, su primer asentamiento agrícola instalado en el *Midwest*, los discursos pusieron el énfasis en los sacrificios realizados por los ancestros, y el monumento inaugurado representaba a los colonos pioneros. Tampoco las colonias santafecinas cercanas a Moisés Ville, pobladas por descendientes de italianos, franceses, belgas y alemanes, hicieron semejante alarde de argentinidad. En el cincuentenario de Rafaela (1932), fue inaugurada una placa en homenaje del fundador de la colonia, Guillermo Lehmann. En el de Humberto Primo (1934), el monumento construido preservaba "la memoria de los fundadores de la localidad". Y, en el de Colonia Lehmann (1933), el acto central consistió en un homenaje a descendientes de los fundadores.

⁷ Tal como pudimos corroborar en las actas de la DAIM, la filial local de la DAIA.

verá de inmediato, varias fuentes indican que, atentos a ese panorama, los organizadores aprovecharon la circunstancia que les brindaba el calendario para enviar un mensaje contundente al resto de la sociedad acerca de la incuestionable argentinidad de los judíos que vivían en todo el país.

Avalan esta idea algunas de sus iniciativas orientadas a lograr una difusión de los festejos lo más masiva posible, como las cartas solicitando a los principales periódicos capitalinos que enviaran al evento a sus corresponsales, o las febriles gestiones realizadas ante dos importantes empresarios judíos del mundo de la radio y del cine (Jaime Yankelevich y Max Glücksman) para que transmitieran en vivo y filmaran los festejos (Comité de Festejos, Actas n° 22, 27, 28 y 30). La elección de la fecha en que se llevaría a cabo la conmemoración aporta datos que van en la misma dirección. Si bien el día elegido en primera instancia fue el 14 de agosto -día exacto del arribo del Weser al puerto de Buenos Aires, cincuenta años atrás- en sus reuniones del mes de mayo el comité resolvió dar curso a una sugerencia de La Fraternidad Agraria (organización techo del cooperativismo agrario judeo-argentino), que proponía posponer el evento para la primavera, estación en la que la colonia podría lucir sus jardines "rebosantes de flores" (Actas n° 11 y 12, El Alba 23/5/1939).⁸ La celebración fue prevista entonces para el 1° de octubre, aunque, luego, a último momento debió ser postergada dos semanas debido a que el Arsenal de Guerra de la Nación tuvo una demora con la fundición del busto de San Martín. Cuando, apenas un mes antes de la fecha prevista, los festejos estuvieron a punto de suspenderse por el estallido de la Segunda Guerra Mundial, los organizadores se reunieron y consideraron la posibilidad de cancelarlos, en abierta señal de condolencia por la suerte que corrían miles de familiares europeos, de los judíos, de Moisés Ville y de la Argentina. Dentro del área de la colonia vivían, además, veintiuna familias alemanas, conformadas por unos ciento cincuenta individuos que habían llegado escapando del nazismo (El Alba, 13/6/1939). Sin embargo, tras intensas deliberaciones, determinaron que lo mejor sería proseguir adelante "con el mismo brillo y entusiasmo." (Actas n° 27 y 28).

La propuesta de levantar un monumento a San Martín, erigiendo de ese modo al máximo héroe nacional en el símbolo dominante del evento, fue consensuada en las reuniones del comité de festejos conformado en marzo de 1939 por delegados de las instituciones más importantes de Moisés Ville.⁹ Aunque

⁸ En ese mismo espíritu, los vecinos también fueron instados a mejorar el estado de las veredas y de las fachadas, mientras que la Sociedad de Fomento se ocuparía de arreglar los caminos, que aún eran de tierra y se encontraban en muy mal estado.

⁹ Participaron, entre otras, la cooperativa La Mutua Agrícola Limitada, la oficina local de la *Jewish Colonization Association*, cuyo administrador Marcos Pereyra fue designado presidente, la asociación cultural Sociedad Kadima, la Biblioteca Barón de Hirsch y el periódico *El Alba*.

pueda parecer una ironía, quienes llevaron la idea original a dicho comité fueron los representantes de la Biblioteca Popular Barón Hirsch, cuyas autoridades ya habían comenzado a gestionar la aprobación requerida por las autoridades provinciales para utilizar públicamente la imagen del Libertador de América desde diciembre del año anterior (El Alba, 20/12/1938). Sin embargo, la propuesta fue aprobada con reservas, ya que otros delegados opinaron que la figura central del cincuentenario debía ser el “padre de los colonos”, Maurice de Hirsch. Pese a la derrota, este grupo disidente logró que el Barón también fuera homenajeado, aunque mediante soportes menos visibles para el público no judío: su imagen ilustró los sellos postales y los retratos impresos para difundir el evento y recaudar algo de dinero entre instituciones y particulares de la colectividad; además, apareció en el afiche del cincuentenario una lámina color que lo mostraba junto a su esposa, sobre la leyenda bíblica “El que labra su tierra se sacia de pan”, escrita en hebreo y en español. Siguiendo esa misma línea, La Fraternidad Agraria propuso confeccionar escarapelas argentinas con la imagen del filántropo (Acta n° 8). A su vez, el rostro de Hirsch ilustró también la portada de la edición especial del semanario local *El Alba*, así como las de distintos periódicos comunitarios del resto del país que, por supuesto, se hicieron eco de los festejos. Finalmente, el libro conmemorativo publicado por la DAIA para la ocasión, *50 años de colonización judía en la Argentina*, incluyó un artículo en el que Alberto Gerchunoff reseñaba su obra filantrópica, y no es un dato menor el hecho de que esa tarea haya sido delegada en el mayor exponente de las letras judeo-argentinas.

Sin embargo, el proyecto de homenajear a San Martín no parece haber conitado el interés masivo de los pobladores de la colonia, ya que los organizadores tuvieron dificultades a la hora de solicitarles que aportaran dinero para costear el monumento. Tal como se observa en las notas que publicaron en las páginas de *El Alba*, sus argumentos buscaron investir al máximo símbolo patrio de una significación pluralista:

“Si consideramos que la paz y la libertad de que disfrutamos se debe a los próceres fundadores de la nacionalidad (...) se desprende como lógica consecuencia que los festejos del próximo cincuentenario deben ser antes que nada una expresión vivida y ardiente de agradecimiento para aquellos prohombres” (El Alba 31/1/1939)

Dos semanas más tarde otra nota daba cuenta de los magros resultados obtenidos hasta el momento, e instaba nuevamente a los moisesvillenses a colaborar con el máximo esfuerzo posible, recordando que:

“la población israelita local tiene especial motivo para apoyar el ya mencionado proyecto (...) Aquí, donde rige una libérrima constitución, nadie puede negarse a colaborar en la bella y elocuente obra (...) Es un deber de gratitud y de patriotismo a la vez” (El Alba 14/2/39)

A la vista del mensaje que deseaban transmitir, para los organizadores era muy importante dejar en claro públicamente que el homenaje a San Martín había sido proyectado y solventado por la colectividad judía local. Cuando el diario santafecino *El Orden* deslizó que se trataba de una iniciativa del interventor comunal (que no era judío), el comité se sintió sumamente agraviado y envió de inmediato una solicitada aclaratoria (Acta n° 22).

Pero, más allá del accionar del comité de festejos, la preocupación por mostrar el arraigo de la colectividad era objeto de un debate público en la colonia, tal como se aprecia en las opiniones que los vecinos vertían en las páginas de *El Alba*. Veamos qué decía el señor Rosenblatt en una carta abierta dirigida al comité:

“en algunos sectores de la opinión pública del país se juzga con cierto escepticismo el resultado de la colonización judía en la Argentina (...) la colonización simultánea de cincuenta hijos de colonos, formalizada en un gran acto público, con la presencia de las altas autoridades de la provincia, representantes de la prensa e instituciones de diverso carácter y distintos puntos del país, *tendría una amplia repercusión y demostraría, con la evidencia de los hechos, cuán honradamente enraíza el judío en la tierra que trabaja*” (El Alba 23/5/1939)¹⁰

El mismo semanario dio a conocer su propia postura en la nota central de la edición del 15 de agosto de 1939, donde un columnista decía que era imprescindible demostrar que la colonia estaba:

“a la altura del importante rol que juega como exponente de la industriiosidad de la colectividad israelita y la productivización de sus inmigrados hace medio siglo, [ya que ese] será el mérito mayor de este centro de producción”

Ese quizás haya sido también el anhelo de los cooperativistas reunidos en un congreso convocado por La Fraternidad Agraria en la colonia pampeano-bonaerense Rivera, en noviembre del año anterior (1938), donde los presentes dejaron de lado algunas diferencias internas y decidieron que los festejos de

¹⁰ Itálica nuestra.

Moisés Ville debían condensar un homenaje a todas las colonias judías del país. El título elegido, "Cincuentenario de la Colonización Israelita en la Argentina", dotaría al evento de una envergadura mucho mayor (Acta n° 17). Además, ese carácter "ecuménico" del cincuentenario determinó que dos instituciones judías nacionales, la DAIA y La Fraternidad Agraria, aunaran esfuerzos con el comité de Moisés Ville, con el que mantuvieron un fluido intercambio de correspondencia durante todo el año.

Resulta complejo determinar en qué medida la repercusión lograda por los festejos satisfizo las expectativas de los emprendedores. Los diarios nacionales de mayor circulación se refirieron al hecho moderada pero elogiosamente. Un apartado publicado en la sección Provincias y Territorios de *La Nación* tituló: "El gobernador asistió a los actos realizados ayer en Moisés Ville. En la plaza San Martín fue descubierto un busto del prócer epónimo". El correspondiente de *La Prensa* fue un poco más entusiasta: "Con singular lucimiento fue celebrado ayer el Cincuentenario de Moisés Ville. A los distintos actos realizados con tal motivo, asistieron las autoridades provinciales y extraordinario público".¹¹

Todos estos datos aportan sustento a nuestra hipótesis de que los festejos fueron diagramados patrióticamente para responder al clima negativo a nivel nacional e internacional. Sin embargo no deben inducirnos a imaginar que el culto nacionalista haya sido una mera puesta en escena con estrictos fines utilitaristas. También abundan indicios acerca de los genuinos sentidos de pertenencia argentinos en aquellos moisesvillenses de fines de la década del treinta, muchos de los cuales, nacidos y criados en el país, habían recibido una educación patriótica en la escuela oficial. Más bien se diría que la vivencia de una doble identidad étnico-nacional era experimentada con naturalidad, no como un asunto conflictivo o contradictorio. Por ejemplo, los festejos por el 25 de mayo y por el 9 de julio del año 1939 también ocuparon un lugar relevante en las agendas de las instituciones locales, aun cuando no hubiera en el pueblo ilustres visitantes de la política ni de los medios que pudieran observarlos. Salomónicamente, el dinero recaudado en la velada danzante organizada por la Sociedad Kadima para conmemorar el 25 de mayo de 1939 fue dividido en dos mitades, una destinada al *Karen Kayemet Le Israel*, el fondo nacional judío que compraba tierras en Palestina y la otra a costear el busto del Libertador de América (El Alba 25/5/1939, 30/5/1939).

¹¹ Se trata de las ediciones del día 16 de octubre de 1939. La prensa judía fue, claro está, mucho más efusiva.

Conclusión

Las fiestas étnicas y la participación en celebraciones locales de los inmigrantes daneses y judíos constituyen una vía para explorar la construcción de la cultura oficial y la memoria pública a la luz de las reacciones que frente a este proceso mostraron dos colectividades extranjeras envueltas en su propia dinámica de configuración de identidad étnica. La construcción de identidades colectivas no es un proceso unidireccional sino más bien un complejo entramado de direcciones múltiples en el que entran en juego una cantidad de respuestas de la sociedad civil a los lineamientos de la cultura oficial. Este proceso ha sido analizado por la historiografía argentina desde perspectivas diversas, aunque el interés se ha centrado casi exclusivamente en las experiencias del mundo urbano, en particular, en el escenario cosmopolita de la ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, todavía conocemos poco sobre lo que ocurría en el mundo rural que, por cierto, constituyó un espacio privilegiado de asentamiento de los inmigrantes.

Nuestro trabajo intentó hacer un aporte en este sentido, al centrarse en dos colectividades que, además de su asentamiento común en el interior de la región pampeana, compartían la característica de ser minorías étnico-religiosas en una sociedad donde el grueso de los inmigrantes era católico. Los daneses, en particular aquellos afincados en Tandil, contaban con una prolongada historia de asentamiento en esa ciudad cosmopolita que, en el tránsito entre los tiempos de la frontera y los de la llamada "Argentina moderna", había crecido desde la raíz de la sociedad criolla. Por su lado, los daneses de Tres Arroyos también habitaban una región en la cual desde fines del siglo XIX había convergido una variedad de grupos migratorios. Sin embargo, a diferencia de sus compatriotas de Tandil, éstos se afincaron casi de manera exclusiva en el mundo rural y se concentraron en zonas acotadas del partido a las que transformaron en espacios étnicos relativamente homogéneos. Podría sostenerse que la situación de los daneses de Tres Arroyos era equidistante de la de los de Tandil y de la de los judíos de Moisés Ville, que formaron una colonia en la que todos los habitantes compartían el mismo origen: una ínsula étnica en la que la vida cotidiana transcurría alejada del cosmopolitismo de las ciudades y pueblos del interior de la pampa.

Las fiestas de daneses y judíos -o su participación en celebraciones oficiales- permiten comprender cómo, en el contexto de la tensión entre identidades étnicas e identidad nacional, cada grupo construyó auto-representaciones y gestionó el ajuste de sus diferencias al núcleo de una cultura oficial cuyo repertorio de diversidad se tornaba cada vez menos inclusivo. De esa suerte, mientras los daneses mostraron la existencia de un liderazgo surgido de la iglesia y la escuela, el cincuentenario de la colonia Moisés Ville puso en escena una disputa por

la representación de los judíos que tenía lugar entre una multiplicidad de actores y en un espacio institucional muy diverso (intelectuales, vecinos, instituciones seculares y religiosas) y que carecía de un modelo claro de identidad a partir del cual delinear sus representaciones como judíos.

En el contexto nacionalista de una Argentina que ya desde los años 1920 estaba construyéndose culturalmente como una sociedad homogénea, los daneses expusieron una identidad híbrida en los festejos del Centenario de Tandil. Paradójicamente, pocos meses más tarde, durante "Los Ocho Días" reforzaron un solo flanco de aquella identidad dual, pero lo hicieron lejos de esfera pública, en una escuela ubicada en medio del campo, un lugar que material y simbólicamente era una isla étnica. Una década y media más tarde, cuando el nacionalismo de inspiración romántica apelaba a las tradiciones gauchesca, hispánica y católica, configurando una narrativa dominada por el conservadurismo ideológico, el anti-cosmopolitismo y el antisemitismo, los márgenes para proponer pertenencias duales se habían estrechado considerablemente para el grueso de los extranjeros, pero especialmente para los judíos. Ello explica el fuerte contenido patriótico del diagrama de la fiesta moisesvillense.

Por otra parte, si focalizamos en las tensiones internas de cada colectividad, todo indica que la larga tradición histórica de la identidad danesa constituyó el repertorio simbólico en el que se inspiraba la identidad étnica creada por los inmigrantes en la Argentina. Pero, en cambio, en el momento del cincuentenario los judíos aún no habían clausurado la identidad del grupo, que se encontraba tensionada por diferentes vectores de fuerza, tales como el progresismo idishista, el sionismo hebraísta y la corriente integracionista. No obstante esas tensiones, todo indica que la presión externa de la discriminación obró a favor del consenso respecto de cuál era el mensaje que debían comunicar los judíos a la nación en la primera gran conmemoración de su presencia en el país.

Una diferencia interna a destacar entre ambas colectividades es el menor peso relativo de la esfera religiosa en el caso de los judíos, donde las instituciones que tuvieron mayor peso en las decisiones fueron seculares, una circunstancia previsible a la luz de la preponderancia que tuvieron las políticas identitarias seculares en el judaísmo mundial durante la primera mitad del siglo XX.

Un abordaje que prioriza el análisis de fechas clave no nos permite historizar las celebraciones evaluando cambios y continuidades en las prácticas conmemorativas de nuestras colectividades. Sin embargo, al comparar las fiestas de estas dos minorías étnico-religiosas en la perspectiva de dos décadas durante las cuales el arsenal ideológico de los nacionalistas se fortaleció, hemos mostrado a los inmigrantes (en el "juego profundo" que subyace a la escenificación de las celebraciones estudiadas) interpelados por la querrela de la

identidad, articulando respuestas diversas a las demandas de la clase dirigente local y de la cultura oficial.

Bibliografía

- BAEKHØJ, Lars (1948) *Danske i Argentina*, Copenhague: De danskeforlag.
- BERTONI, Lilia Ana (2001) *Cosmopolitas, patriotas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires: FCE.
- BJERG, María (2001) *Entre Sofie y Tovelille. Una historia de la inmigración danesa, 1848-1930*, Buenos Aires: Biblos.
- (2004) *El Mundo de Dorothea. La vida cotidiana en un pueblo de la frontera de Buenos Aires en el siglo XIX*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- BODNAR, John (1992) *Remaking America: Public Memory, Commemoration, and Patriotism in the Twentieth Century*, Princeton NJ: Princeton University Press.
- CHERJOVSKY, Iván (2014) *De la Rusia Zarista a la pampa argentina: memoria e identidad en las colonias de la Jewish Colonization Association*. Tesis de doctorado inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- DEVOTO, Fernando (1992) "¿Inventando a los italianos? Imágenes de los primeros inmigrantes en Buenos Aires (1810-1880)" *Anuario Iehs* 7, p. 121-35.
- (2006) *Historia de los italianos en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.
- FINCHELSTEIN, Federico (2008) *La Argentina fascista. Los orígenes ideológicos de la dictadura* Buenos Aires: Sudamericana, 2008.
- GOODY, Jack (1995) *Cocina, cuisine y clase. Estudio de sociología comparada* Barcelona: Gedisa.
- GOODY, Jack (1995) *Cocina, cuisine y clase. Estudio de sociología comparada*, Barcelona: Gedisa.
- LEVIN, Yehuda (2007) "Labor and land at the start of Jewish settlement in Argentina", *Jewish History*, Vol. 21, No. 3/4, pp. 341-359.

LEWIN, Boleslao (1960), *Los judíos bajo la Inquisición en Hispanoamérica*, Buenos Aires: Dédalo.

LIONETTI, Lucía (2007) *La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la república, 1870-1916*, Buenos Aires: Miño y Dávila.

LITERAT-GOLOMBEK, Lea (1982) *Moisés Ville: crónica de un Shtetl argentino*, (Jerusalén: La semana publicaciones Ltda.

LVOVICH, Daniel (2003) *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

NUÑEZ SEIXAS, Xosé M. (2001) "Gaitas y tangos: Las fiestas de los inmigrantes gallegos en Buenos Aires (1890-1930)", *Ayer* n° 43, pp. 191-223.

ORLIAN, Natan (1994) *Moisés Ville. Paraíso perdido*, Buenos Aires: Acervo Cultural Editores, 1994.

ORSI, Robert A. (1995) *The Madonna of 115 TH Street: Faith and Community in Italian Harlem, 1880-1950*, New Haven, CT: Yale University Press.

ROCK, David (1993) *La Argentina Autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*: Buenos Aires, Ariel.

SCHULTZ, April R. (1994) *Ethnicity on Parade: Inventing the Norwegian American Through Celebration*, Amherst, Massachusetts: University of Massachusetts Press.

SENKMAN, Leonardo (1983) *La identidad judía en la literatura argentina*, Pades: Buenos Aires.

———(1986) *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires: CEAL.

ZIMMERMANN, Eduardo (1995) *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires: Sudamericana - UdeSa.

Fuentes

Actas de la Comisión Directiva de la iglesia luterana danesa de Tandil, 1922 y 1923.

Actas del Comité de Festejos del Cincuentenario de Moisés Ville. 1939.

Aarskrift for Dansk Skole Foreningi Argentina, Tandil 1923 (Anuario de la Escuela Danesa en Argentina).

39 Danske Sange, Tandil Groethes Tryk, 1918 (39 Canciones Danesas).

Danske Sange, Buenos Aires, Danmarks Hjelpen, 1943 (Cancionero danés).

Diario *El Litoral*

Semanario *El Alba*

Semanario *Mundo Israelita*

RESUMEN

El artículo estudia las fiestas comunitarias y la participación en celebraciones locales de dos grupos étnicos minoritarios: los daneses y los judíos, afincados en el mundo rural de la Argentina en las décadas de 1920 y 1930. Las prácticas conmemorativas de ambos grupos constituyen una vía de acceso a la compleja relación entre identidad nacional e identidades vernáculas y a la puja por un espacio en la memoria pública en una etapa de la vida política, cultural y social local se hallaba atravesada por una creciente cruzada nacionalista.

Palabras clave: Inmigrantes, prácticas conmemorativas, identidad étnica, identidad nacional, memoria pública.

SUMMARY

This paper focuses on the participation of Danish and Jewish immigrants settled in rural areas of Argentina in the decades of 1920 and 1930 in ethnic and local festivals. The analysis of the commemorative practices of both groups paves the way to the understanding of the competing relationship between national identity and vernacular cultures regarding public memory in a time when the local political, social and cultural life was affected by a pervasive nationalism.

Key words: Immigrants, commemorative practices, ethnic identity, national identity, public memory.

VERSÕES DO PASSADO: A HISTÓRIA NARRADA PELO MUSEO NACIONAL DE LA INMIGRACIÓN¹

Maine B. LOPES*

Junto à celebração do *Día del Inmigrante*, em 4 de setembro de 2001, foi inaugurado o *Museo Nacional de la Inmigración*, no andar térreo do antigo Hotel de Imigrantes, conforme determinado pela Resolução MI 2132/1997. A celebração contou com a presença de autoridades nacionais, diplomatas, dirigentes de coletividades, autoridades de ONGs, representantes de comunidades estrangeiras e jornalistas em geral – é o que nos relata o convite encaminhado para a Presidente da *Comisión Nacional de Museos y Monumentos y Lugares Históricos*, assinado pelo Diretor Nacional de Migrações². Assim como a organização do primeiro *Museo, archivo y biblioteca de la inmigración* passou por uma série de dificuldades ao longo do seu processo de implantação durante os anos 1980-1990³, a sua transformação em *Museo Nacional de la Inmigración*⁴ também tardou alguns anos para se concretizar.

Em 2000, iniciaram-se os estudos preliminares para a ‘refuncionalização’ e valorização do antigo Hotel de Imigrantes (1911), a ser aberto ao público durante o primeiro semestre de 2001, com apoio da exposição anual de decorações e desenho realizada pela *Fundación Oftalmológica Argentina, Casa FOA 2000*. Esta Fundação, além de restaurar partes do prédio sob o aval da *Comisión Nacional de Museos y Monumentos y Lugares Históricos*⁵, doou ao *Museo Nacional de*

* Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS) - Universidade do Vale do Rio dos Sinos (UNISINOS).

¹ Uma versão expandida deste trabalho pode ser conferida em: M. LOPES, *O Museo Nacional de la Inmigración: História, memória, representação. Buenos Aires 1985-2003*, São Leopoldo, Oikos/Unisinos Editora, 2012.

² Consultado em: *Comisión Nacional de Museos y Monumentos y Lugares Históricos, Expedientes del Monumento Histórico Nacional Hotel de Inmigrantes*.

³ Para maiores detalhes sobre o processo de preservação do antigo Hotel de Imigrantes e sobre a organização desta primeira exposição, consultar: M. LOPES, “Notas sobre os usos e conflitos em torno à preservação do patrimônio da imigração na Argentina: o Hotel de Imigrantes de Buenos Aires”, em *Memória em rede, Pelotas*, v.3, n.8, Jan./Jun.2013, s/p.

⁴ Ou Complejo Museo del Inmigrante, conforme denominação utilizada na Resolução MI 2132/1997.

⁵ Conforme correspondência por e-mail, em 9 de maio de 2000, a arquiteta da DNM, Valeria González Parra (da Divisão de Infraestrutura da DNM), encaminhou à *Comisión Nacional de Museos y Monumentos y Lugares Históricos* a cópia do projeto de contrato entre a DNM e a Casa FOA, aguardando